DE MUJERES E IDENTIDADES: SOBRE EL DIÁLOGO Y LA IDENTIDAD FEMENINA EN *LAS LIBRES DEL SUR*, DE MARÍA ROSA LOJO, E *IRSE DE CASA*, DE CARMEN MARTÍN GAITE

Cárcano, Enzo*
Universidad del Salvador
Argentina

Resumen

El día en que se supo que Victoria Ocampo había fallecido, Jorge Luis Borges dijo: "En un país y en una época en que las mujeres eran genéricas, tuvo el valor de ser un individuo". Más de dos décadas después, María Rosa Lojo recrea ficcionalmente la vida de la escritora y mecenas argentina en su novela *Las libres del Sur* (2004), y nos la presenta, a través de célebres encuentros, en el proceso mismo de individuación, de búsqueda y conformación de la propia identidad a través del diálogo. Pocos años antes, Carmen Martín Gaite había hecho lo propio en *Irse de casa* (1998): después de cuarenta años, una mujer vuelve a su pueblo a reencontrarse y reconciliarse con su pasado, y nos descubre, a su paso, otras historias y otras mujeres que buscan con afán un interlocutor válido, una palabra que complete su ser. A pesar de las diferencias entre ambos textos, subyace en ellos el mismo espíritu, el mismo convencimiento de la necesidad del diálogo para alcanzar la completitud del ser; del ser uno y mujer. Frente al discurso establecido, las mujeres de estas novelas dejan oír sus voces y se embarcan en la búsqueda de su propio yo.

Palabras clave: Novela Hispanoamericana, Mujer, Diálogo, Identidad.

Abstract

The day when Victoria Ocampo death was known, Jorge Luis Borges said: "In a country and in a time when women were generic, she had the courage to be an individual". Two decades later, María Rosa Lojo fictionally recreates the life of that writer and patron in her novel *Las libres del Sur* (2004), and shows her in famous meetings, in the same process of individualization, of searching and shaping her own identity through dialogue. Some years before, Carmen Martín Gaite had done something similar in *Irse de casa* (1998): after forty years, a woman goes back to her native town to take up and to reconcile with her past, and while she does so, she shows us other stories and other women who seek an interlocutor, a word to complete her beings. Although the differences the same spirit, the same idea of the need of dialogue, underlies both novels. Against the established discourse, women in these novels raise their voices and face the search of their own selves.

Key Words: Hispano-American novel, Woman, Dialogue, Identity.

*Mágister en Lengua Española y Literaturas Hispánicas. Universidad de Barcelona. Corrector literario. Profesor y Licenciado en Letras por la Universidad del Salvador. Becario de posgrado. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). E-mail: enzo.carcano@usal.edu.ar

Finalizado: Argentina, Noviembre 22-2013 / Revisado: Diciembre 10-2013 / Aceptado: Diciembre 22-2013

1. Introducción

> Su destino podría haber sido tan banal como el de cualquier belleza de la época.
>
> Sin embargo, quiso ser actriz, cantante, escritora. A todo le dijeron que no.
>
> Beatriz Sarlo, *Escritos sobre literatura Argentina*

Publicadas con pocos años de diferencia, *Irse de casa*, de Carmen Martín Gaite, y *Las libres del Sur*, de María Rosa Lojo, condensan en buena medida los ideales creativos de sus autoras: la escritora salamantina teje una red de historias personales de mujeres que buscan forjar, a través del diálogo, su propia identidad; la porteña, vuelve a la ficción histórica para trazar una figura como Victoria Ocampo en el proceso mismo de su individuación. No obstante las diferencias de espacio, tiempo y estrategias narrativas, en ambos textos subyace el mismo espíritu, el mismo convencimiento de la necesidad del diálogo, de la comunicación efectiva para alcanzar la completitud del ser; del ser uno y mujer. Frente al discurso establecido, las mujeres de estas novelas dejan oír sus voces, quiebran sus soledades y los prototipos, y se embarcan en la búsqueda, ya con vehemencia, ya con vacilación, de su propio yo.

2. El lugar de la diferencia

Desde finales de la década de 1970, el feminismo, primero como movimiento socio-cultural de reivindicación y luego también como una corriente de la crítica literaria, ha conocido un notable auge. Como escritoras que escriben sobre mujeres, Carmen Martín Gaite y María Rosa Lojo han sido objeto de estudio en este sentido. Sin embargo, no siempre se han hallado cómodas dentro de tales marcos críticos, por lo que conviene detenerse brevemente en qué entienden las escritoras por *literatura femenina* y qué lugar creen que les corresponde en ella. Si bien las opiniones de un autor sobre su obra no son vinculantes, en el sentido de que un texto se emancipa de su creador una vez dado a conocer, sí pueden iluminar, al menos en algo, su poética.

En su libro de ensayos titulado *Desde la ventana*, publicado por vez primera en 1987, Carmen Martín Gaite señalaba que "…si alguna diferencia existe entre el discurso de los hombres y las mujeres, radica en su particular enfoque […]; en una localización más concreta y precisa que nunca olvida sus propios límites, sus puntos cardinales" (1999, p. 51). Algunos años más tarde, la autora ratificaba esta idea en su conferencia "La mujer en la literatura", recogida en *Pido la palabra* (2002b) y en una curiosa entrevista de 1992 en la que, a la pregunta de si creía en la especificidad de la literatura femenina, respondía:

> Creo más bien en un lenguaje distinto, en un encuadre diferente. La mujer ve de otra manera, intensifica los detalles del entorno. Este aspecto está presente en toda mi obra: la mujer que observa desde la ventana, entre visillos. Soy muy "ventanera" y, como provinciana, sigue gustándome mirar al exterior desde este enfoque, que no es feminista, porque eso me aburre más que una misa (Guardia, 1992, p. 43).

Este particular modo discursivo, que Martín Gaite califica de fragmentario, zigzagueante, contradictorio, es, según Mercedes Carbayo Abegónzar (1998, pp. 127-128), el núcleo del *nuevo feminismo de la diferencia* que la autora cultiva en sus últimos años. Sea lícito o pertinente incluir a Martín Gaite en esta corriente feminista o no, lo cierto es que la salamantina reconoce un discurso particular de la mujer que se deduce de su particular visión de la realidad, distinta de la masculina. Por su parte, Lojo es más escéptica al momento de reconocer las diferencias entre un modo de decir y otro, e intenta rehuir a los encasillamientos:

> Personalmente, escribo con "conciencia de género" pero no me siento limitada por una "posición de género", ni creo en roles fijos para las mujeres ni para las mujeres escritoras en particular.

> Ante todo, soy una persona sexuada y socialmente situada, pero una *persona* que escribe con libertad creativa. Un individuo (o mejor, individua) única y singular, sin ningún deseo de ser puesta en el "rincón de las chicas" como un paquete carente de rasgos diferenciados (Abad, Díaz, 2004).

No obstante, la novelista argentina admite la posibilidad de la diferencia como un capital, plausible de ser usufructuado. Así, como epígrafe a *Las libres del Sur*, Lojo incluye un pasaje de *La mujer y su expresión* (1936), de Victoria Ocampo. Al comentar este fragmento, la autora de *La pasión de los nómades* señala: "Creo que hoy día estamos más cerca de ´elegir´ nuestro modo de diferenciarnos como género, y de evitar que esa diferencia implique sometimiento. Antes bien, la idea es que la diferencia aporte eso: lo distintivo, como riqueza de la diversidad" (Serrichio, 2004). Lojo apela entonces a la ficción histórica para reinsertar y repensar el lugar de la mujer en la historia de su país (Crespo, 2008, pp. 234 y ss.), dotándola de voz propia, distinta y distinguible; no supeditada a moldes discursivos prototípicos. Como bien dice Kathryn Lehman (2007, p. 55), "…en la ficción de Lojo se encuentra un cuestionamiento de nuestros códigos de interpretación discursiva sobre la historia…", desde una clave interpretativa tradicionalmente ignorada, la de la mujer: "La Historia se contó generalmente desde el punto de vista masculino, no desde el punto de vista femenino. Trabajar la Historia, en la narrativa, desde la mirada de las mujeres, me parece un imprescindible acto compensatorio, que permite ver, por supuesto, muchos aspectos ocultos, silenciados e ignorados" (Serrichio, 2004).

En síntesis, tanto Carmen Martín Gaite como María Rosa Lojo recurren a la ficción en pos de la superación de la violencia epistémica de los discursos tradicionales y establecidos y del restablecimiento del sitio de la mujer, de su *locus* discursivo propio. De ahí, como veremos, la notable relevancia del diálogo, del encuentro de un interlocutor válido, de la comunicación efectiva como vía de la constitución del ser femenino, como catalizador de la voz auténticamente femenina que busca su propio yo.

3. Mujer, palabra e identidad

Irse de casa es un relato compuesto de veintiocho capítulos enmarcados por dos *pórticos* ("Pórtico con rascacielos" y "Apertura a otros pórticos"), en el que se nos narra el viaje, luego guion cinematográfico, que la protagonista, Amparo, realiza desde Nueva York, donde reside desde hace cuarenta años como una afamada modista, a su provinciana ciudad natal española. Durante la semana que allí transcurre, Amparo irá reconstruyendo su propia memoria a partir de objetos y personajes que pertenecen a su pasado y nos descubrirá, de este modo, otras las historias de otras mujeres que también buscar la completitud de su propia ser. Como en casi toda la obra de Martín Gaite, la búsqueda de un interlocutor válido con quien establecer un diálogo auténtico es un elemento directriz (Alemany Bay, 1990, pp, 36 y ss.) para quebrar la incomunicación que rige gran parte de las relaciones personales; en especial, las de hombres con mujeres.

Las libres del Sur es, como reza su subtítulo, una novela sobre Victoria Ocampo. A través de sus encuentros con distintas figuras de renombre mundial, y, especialmente, de la mirada y el diálogo con Carmen Brey, el personaje de la escritora y mecenas argentina, cuya voz aparece pero que jamás es narradora, se nos presenta en toda su humanidad femenina. Con la inclusión de la joven e ilustrada secretaria gallega, no pocas veces crítica y de carácter fuerte e independiente, Lojo explota las posibilidades de la ficción para mostrar el costado más sensible y contradictorio de Ocampo, vehemente defensora de la mujer, pero incapaz de deshacerse por completo del yugo patriarcal. Si Victoria considera a Carmen su confidente, esta hace lo propio con María Rosa Oliver, a quien encuentra más comprensiva. A través

de estos diálogos entre mujeres, y entre los de estas y sus pares masculinos, Lojo nos descubre los derroteros femeninos en busca de su propia voz e identidad.

Uno de los aspectos recurrentes y comunes a ambas obras es la usual dificultad de los hombres para comprender los discursos y deseos femeninos, hecho que los convierte, en gran parte de los casos, en interlocutores no válidos para la mujer. En *Las libres del Sur* los ejemplos abundan. En el capítulo segundo, a través del *discurso indirecto libre*, se nos muestra cómo la mirada Ortega y Gasset cosifica el ser femenino y lo convierte en puro ente de contemplación, diluyendo así cualquier posibilidad de diálogo efectivo, hecho que, seguidamente, Victoria acusa con amargura en conversación con Carmen Brey:

> –¿Quiere creer que me llamaba en sus cartas la "Gioconda de las Pampas"? *Esta Gioconda me ha comprendido para siempre y hasta la raíz. Nunca me confundirá con nadie. Ha descubierto que para mí, vivir es una cuestión de estilo…, y en un instante ella podría diseñar en el aire con un dedo el movimiento de* mi *estilo…* Me escribió varias, aproximadamente en el mismo tono, una vez que volvió de Madrid. Y no le contesté. Estuve callada durante años. (Lojo, 2004, pp. 85-86).

Entretanto, en el capítulo tercero, de modo mucho menos artístico, el portero polaco del edificio donde reside Carmen Brey le sugiere a esta que explote el capital sexual que tiene por el mero hecho de ser mujer; ante el disgusto de la gallega, el hombre no acierta a comprender cuál ha sido su desatino y atribuye la reacción de la mujer a un mero prurito femenino:

> Cuando veo una mujer bonita que trabaja por su cuenta, trato de instruirla para que no desperdicie el mejor capital que tiene. El cutis de porcelana y la figurita de muñeca no duran toda la vida, *Madmoiselle*. Cuide lo suyo.
>
> —Pues le agradezco la molestia, señor Sovotnik. Espero que el buen Dios le retribuya con creces, y que si usted vuelve a nacer sea la puta de más éxito de todo Buenos Aires. En el caso de que por aquí siga corriendo el dinero, claro.
>
> El portero se encogió de hombros, desconcertado, mientras los tacones enfurecidos de la señorita Brey cruzaban el umbral a ritmo de marcha. No sería argentina, pero actuaba como tal. Todas las *demimondaines* y hasta las *cocottes* rioplatenses pretendían pasar por monjas (Lojo, 2004, pp. 224-225).

Pero probablemente el mejor ejemplo de incomprensión masculina en *Las libres del Sur* está encarnado en la figura del conde Keyserling, el príncipe que Victoria vio *convertirse en sapo*: aun el escalafón más alto es su clasificación de los tipos femeninos es estrictamente funcional al hombre; es una suerte de abnegado ente de inspiración masculina. Pero consideraciones de este tipo no resultan asiladas, sino que son, a la vez, causa y consecuencia de una concepción social que ve en la mujer un ser funcional: o bien destinada a musa de los hombres doctos, o bien al engendramiento de nuevos ciudadanos. En el primer apartado de la novela de Lojo, al hojear el periódico *El Mundo Argentino*, Carmen piensa: "En España los oficios femeninos se reducían a dos: estanquera o reina, pero en la Argentina la elección parecía resultar aún más estrecha: ser madre o madre. Había otras historias, todas cortadas, con variantes, por la misma tijera" (Lojo, 2004, p. 99). De este modo, el lugar de la mujer en la sociedad parece perfectamente delimitado, así como las obligaciones inherentes a su posición. En una carta de Ortega a Victoria, aquel le pide paciencia hasta que pueda liberarse de sus *obligaciones masculinas*; Carmen pregunta cuál será la respuesta de la señora Ocampo, y esta, amargamente, comenta: "—…a lo sumo le mandaré una esquela diciéndole que me hago cargo de mi obligación 'femenina': esperar hasta que a un hombre ilustre se le

pase el capricho" (Lojo, 2004, p. 101). Pero aunque pueda parecer sumiso, el personaje de Victoria es, como lo fue su referente histórico, reacio al ciego acatamiento.

En *Irse de casa* la incomprensión masculina no es tan patente como en el texto de Lojo, aunque sí se deja entrever en algunos pasajes, como el siguiente, en el que Jeremy descubre la carta de su madre y medita sobre su intempestiva y sorpresiva huída: "...todas las mujeres te excluyen cuando cierran los ojos, el mundo queda en sombras, y a él le daba miedo" (Martín Gaite, 2002, p. 25). O como en el capítulo segundo, en el que las mujeres que componen la tertulia del café del hotel se quejan de que, aún a finales de la década de 1990, la mujer sigue siendo concebida casi exclusivamente como madre: "…cómo son los hombres, por Dios, se creen que todo se arregla con dinero, tanto feminismo para nada, la que se acaba teniendo que cargar con los hijos es la madre, desde Juana la Loca hasta nuestros días, en eso no hay variación" (Martín Gaite, 2002, p. 48). Pero sin lugar a dudas, es la excéntrica y solitaria Olimpia la que mejor expresa el rechazo al *statu quo* social de raigambre masculina que amedrenta el ser de la mujer, al tiempo que nos revela las contradicciones propias de un individuo femenino:

> Hoy día las feministas se encrespan ante los piropos que reflejan la tendencia paternalista del hombre, ansioso de alicortar el vuelo de la mujer y reducirla a objeto, a niña desvalida, etcétera, etcétera, cuánto se ha perorado sobre esto desde *El segundo sexo*, y tienen razón, ella ya lo sabía. Siendo adolescente leyó *Casa de muñecas*, de Ibsen, y se rebeló contra el destino de aquella pobre Nora y de tantas Noras de carne y hueso que fue conociendo, porque lo mismo en los libros que en la vida real se encuentran a puñados ejemplos de un autoritarismo varonil cuyo cebo es el mimo capcioso; pues bueno, a pesar de todo –y ahí incubaba una de las infinitas contradicciones de Olimpia–, aquella repugnancia convivía con el deseo de sentirse mirada como Sabino había mirado a su mujer en la penumbra de una sala que durante unos instantes le perteneció por completo… (Martín Gaite, 2002, p. 123).

No obstante los profusos ejemplos en una y otra novela, no se trata de textos maniqueos que plantean la oposición irresoluble mujer/hombre-sociedad: ni todos los hombres practican discursos paternalistas, ni todas las mujeres, claro está, intentan emanciparse de estos. Ramona, la madre de Amparo, y Adela Montes, la madrastra de Carmen Brey, son claros ejemplos de mujeres que impelen a sus hijas a no escapar del marco social heredado, en el que el rol de la mujer queda rígidamente establecido, en pos de la seguridad y la estabilidad.

De modo similar, en *Irse de casa*, Amparo recuerda cómo su madre *edificó una verdadera muralla* a su alrededor, hostigándola a renunciar a su vida social para evitar comentarios maliciosos. Parece no haber posibilidad de diálogo abierto y fructífero entre Ramona y su hija, hecho que se ve claramente en el siguiente pasaje del capítulo veinticinco: "—¡Ay, madre, por favor, déjame en paz, me vas a volver loca! Disécame de una vez y ponme de maniquí a la puerta de Ramona-Modas" (Martín Gaite, 2002, p. 246).

Contra esos discursos establecidos, ya en voz de mujeres, ya en voz de hombres, muchos personajes femeninos de las novelas de Lojo y de Martín Gaite levantan sus voces, rompen los estereotipos y se embarcan en un derrotero en busca de un interlocutor válido con quien establecer un diálogo fecundo en pos de la constitución de su propia identidad. En *Las libres del* Sur, Victoria encontrará ese interlocutor en Carmen y en Waldo Frank; Carmen, en María Rosa Oliver y en Utz, el alemán con quien se promete y con quien comparte una historia de exilio. En *Irse de casa*, Amparo hallará la posibilidad del diálogo con Abel. Pero en el texto de Gaite aparecen muchas otras historias femeninas que se truncan ante la incomprensión familiar y social que echa por tierra las aspiraciones de muchas mujeres que desesperan al no tener

con quién confesar su intimidad. En soledad, Olimpia se inventa interlocutores a su propia medida: "Le gustaba hablar con el silencio, un vicio antiguo de niña rica, caprichosa y sedienta, imaginarse interlocutores voraces y estimulantes" (Martín Gaite, 2002, p. 121). Por su parte, Manuela, que acabará suicidándose, busca desesperadamente una palabra comprensiva en Rufina, la criada a la que nunca antes había considerado digna de una confidencia:

> (...) de repente, se le encendió un ascua de alarma entre las cenizas de su abatimiento. Era caer demasiado bajo estar ventilando con una criada, que decididamente no era como las de Lope de Vega... Pero el ascua aquella se apagó, sofocada por una necesidad más acuciante: la de seguir sincerándose con alguien, aunque sólo fuera a medias. Estaba harta del zumbido solitario del moscardón que le daba vuelas por dentro de la cabeza, necesitaba abrirle alguna ventana que de paso diera vía libre a mutaciones del pensamiento anquilosado. Y prefería intentar poner letra a la música desafinada de sus obsesiones ante un testigo como Rufina... (Martín Gaite, 2002, pp. 83-84).

A diferencia de Olimpia y Manuela, Amparo podrá completar el derrotero en favor de su ser femenino luego de reconciliarse con su propio pasado y con los objetos y personajes que lo encarnan, y, de este modo, al final de la novela accederá a producir el guion cinematográfico de su hijo Jeremy. En el capítulo decimocuarto, dialoga su propio yo desdoblado frente al espejo del armario de su infancia, momento de *auto-reconocimiento* inicial. Y en el capítulo vigesimoséptimo, poco antes de emprender la vuelta a Nueva York, Amparo encuentra en Abel al interlocutor que ha estado buscando, comprende el porqué del viaje que ha emprendido, se concilia con su pasado y se reconoce a sí misma:

> (...) toda creación consiste en lo mismo, en saber coser los elementos dispersos, y entender cómo se relacionan entre sí, da igual que sean historias o pedazos de tela, en el fondo es cuestión de quitar y poner, de prescindir a veces de lo que desentona, pero no siempre, tampoco vienen mal las estridencias en alguna ocasión. Y con el olvido y la memoria pasa lo mismo, lo importante es acertar con la combinación y atreverse a dar entrada a lo que aparece sin esperarlo, este viaje —dice— le ha servido para darse cuenta de muchas cosas, por ejemplo de que el pasado no tiene por qué ser un tumor maligno (Martín Gaite, 2002, p. 291).

En *Las libres del Sur* el final nos ofrece dos realidades dispares: mientras que Carmen Brey halla finalmente el amor y la comprensión en Ulrich von Phorner, "Utz", Victoria, a los ojos de la joven gallega, se ha quedado a medio camino entre su propio deseo y las imposiciones familiares: ante la muerte de su padre, la señora Ocampo confiesa a Carmen y a María Rosa:

> "Hay sólo una cosa que me consuela, y es que ahora mi vida no puede herirlo".
>
> Carmen la miró, callada. Pensó en Julián Martínez, el amante consuetudinario como un marido, que una niña ya cuarentona había ocultado durante catorce años para no ofender a Manuel Ocampo con esa travesura vergonzosa, irremediablemente reiterada. Pensó en los silencios y las renuncias, en el hijo que Victoria no se había permitido tener. "Quién habrá herido a quién", se dijo entonces (Lojo, 2004, p. 256).

Para concluir, conviene destacar un rasgo singular de la novela de Lojo, las reacciones sorprendidas y reflexiones de los huéspedes de Victoria Ocampo ante la determinación y fuerza de esta mujer. Ortega y Gasset, el conde Keyserling y Waldo Frank, luego de los encuentros con la acaudalada mecenas argentina, conciben la posibilidad de un nuevo y distinto tipo de mujer sudamericana que da por tierra con los preconceptos y prototipos, una verdadera libre del Sur que impone su voluntad a fuerza de decisión y perseverancia. Piensa Ortega: "América no estaba en las nostalgias de esos

señores con bigote, paladines de una causa perdida. América latía, aún ignorada para sí misma, en los hondos ojos de las mujeres, que no hacían las leyes pero hacían a los hombres y alguna vez forjarían varones a la medida de sus deseos" (2004, p. 91). Y medita el conde Keyserling las razones del súbito rechazo y desdén de Victoria: "...los argentinos eran seres gánicos, arbitrarios, antojadizos... Victoria había dejado de adorarlo porque sí. Sin razones, sin sentido, llevada sólo por ese ciego e indomable impulso: la marca distintiva, la ley irracional del alma americana, que vivía, soñaba y suponía que "pensaba" en un telúrico registro femenino (2004, pp. 211-212). Pero quizá, por ser más aquilatado y comprensivo que los anteriores, Waldo Frank sea quien mejor entienda los trazos de la mujer americana, en la que ve la razón y la fuerza de un mundo que recién comienza, Sudamérica: "...la Argentina exhibía despreocupadamente [...] algunas mujeres magníficas. Desbordadas de una fuerza caudalosa, desorientada pero clarividente, que ellas mismas no sabían aún cómo emplear. El caso Ocampo le parecía un ejemplo superlativo" (2004, p. 232). Lo que a los intelectuales europeos se les aparece como una muestra de incivilidad, para las mujeres americanas es signo de libertad, del auténtico ejercicio de la propia voluntad. Solo Wlado Frank, también hijo del "Nuevo Mundo" acierta a comprender este hecho.

4. Conclusión

No obstante las ineludibles diferencias entre *Irse de casa* y *Las libres del Sur*, ambas novelas coinciden en la necesidad del diálogo, de la comunicación abierta y sincera, como vía para alcanzar la conformación del yo femenino. En estas novelas se nos presentan mujeres que, a través de la palabra, se rebelan contra los discursos normativos que constriñen sus seres, mujeres que consiguen afianzarse como individuos completos y únicos. Superar la violencia epistémica a través de la ficción en favor de la inclusión, de la legitimación de un *modo* diferente y particular de ver y entender la realidad; ese es el espíritu que comparten Carmen Martín Gaite y María Rosa Lojo y que rige sus novelas.

Referencias bibliográficas:

Abad, F. y Díaz, S. (2004). "Voz de la mujer en la literatura. Mucho más que una cuestión de género". *El Tribuno*, 23 de mayo de 2004. Disponible en: http://www.mariarosalojo.com.ar/sobre/index.htm. [Consulta 25/10/2013].

Alemany Bay, C. (1990). *La novelística de Carmen Martín Gaite. Aproximación crítica*. Salamanca. Ediciones de la Diputación de Salamanca.

Carbayo Abegónzar, M. (1998). *Buscando un lugar entre mujeres. Buceo en la España de Carmen Martín Gaite*. Málaga. Universidad de Málaga.

Crespo Buiturón, M. (2008). *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Lleida. Universitat de Lleida.

Guardia, M. A. 1992. *No pertenezco a una generación perdida, sino al contrario: ganada y ganada a pulso*. La Vanguardia, martes 7 de abril de 1992, p.43.

Lehman, Kathryn (2007). "Navegando en la narrativa histórica para encauzar el futuro: deseo romántico y sujeto nacional en la narrativa de María Rosa Lojo". En: Filer, M, Arancibia, J. y Tezanos-Pinto, R. *María Rosa Lojo. La reunión de lejanías*. Buenos Aires. Instituto Literario y Cultural Hispánico, pp. 53-63.

Lojo, M. R. (2004). *Las libres del Sur. Una novela sobre Victoria Ocampo*. Buenos Aires. Sudamericana.

Martín Gaite, C. (2002a). *Irse de casa*. Barcelona. Anagrama.

Martín Gaite, C. (2002b). "La mujer en la literatura". En: *Pido la palabra*. Barcelona. Anagrama, pp. 325-341.

Martín Gaite, C. (1999). *Desde la ventana*. Madrid. Espasa-Calpe.

Ocampo, V. (1936). *La mujer y su expresión*. Buenos Aires. Sur.

Serrichio, Mariano (2004): "Mujeres a contrapelo de la historia". *La voz del Interior*, 5 de septiembre de 2004. Disponible en http://www.mariarosalojo.com.ar/sobre/index.htm. [Consulta 25/10/2013].